

LA ESCUELA JUNTO AL MAR



La verdad, es una gozada estar sentado cómodamente en esta maravillosa terraza del puerto deportivo de Marbella y sobre todo, si la temperatura acompaña como la de esta tarde de principios de verano. La señora de la mesa de al lado acaba de sacar unas fotos con su teléfono móvil a la puesta de sol que por cierto ha sido cautivadora, me imagino que habrá sacado una foto preciosa, no es para menos, el paisaje desde este lugar es encantador. Desde aquí diviso el faro que desde hace un rato se hace notar con sus

destellos de luz intermitentes, observo como algunas embarcaciones deportivas están entrando a puerto seguramente después de echar una buena jornada de navegación. Mientras tanto la luz solar desaparece lentamente. Es el instante donde se encuentran el día y la noche, es a partir de ese momento cuando el paisaje luminoso comienza a desaparecer en la oscuridad y lentamente empieza a surgir otro muy distinto, las siluetas de los barcos están cada vez más difusas y los coloridos rótulos luminosos de los bares del puerto destacan alegremente incitando al observador a adentrarse en cualquiera de ellos.

La vida es una aventura que depara muchas sorpresas y es sorprendente lo que pueden cambiar las cosas que hay a tu alrededor con el paso de los años. Jamás pude imaginar que este lugar a orillas del mar pudiese cambiar tanto, todo es modernidad en mi entorno más próximo. El pasado parece haberse ausentado de este lugar, parece que nunca existió, sin embargo, yo sé que está escondido bajo la escollera de este bonito puerto. Oculto debajo del moderno dique se encuentra el **muelle de piedra**. Ese lugar histórico de nuestra ciudad donde los marbelleros solían acudir en los momentos de esparcimiento. Sus rocas que durante años vieron la vida cotidiana de Marbella desafiaban al mar para dar abrigo a los barcos de vela de los marengos. Eran otros tiempos, otros paisajes distantes e ignorantes de como sería nuestro actual mundo sofisticado.



En aquellos tiempos de vida simple y desprovista de comodidades jugábamos felices en la playa cercana a la marina, el muelle de piedra había quedado huérfano, años atrás desguazaron el emblemático muelle de hierro, su compañero que compartió protagonismo con él en las aguas del fondeadero de Marbella. A pesar de su desaparición aún quedaban pequeños restos esparcidos en los fondos marinos del que fue un símbolo de la minería de nuestra ciudad. Ajenos al devenir de la historia, la chavalería buceaba afanosamente buscando alguna tuerca o tornillos oxidados de aquel grandioso muelle. Estos preciados tesoros los guardábamos en una caja a la espera de la llegada del "tío de los muñequitos", así era conocido por todos el chatarrero que periódicamente visitaba Marbella provisto de una canasta con chucherías, trompos y demás con la intención de intercambiar nuestra chatarra por sus regalos.

Muy cerca del muelle de piedra estaban los saladeros de los Lima y de los palmeros, desde allí salían casi a diario los *Leiland comet*, unos rudos camiones que cargados de pescado fresco viajaban para Madrid. Con bastante frecuencia visitaba aquellos lugares, puesto que, junto a



ellos colindaba la escuela nacional de formación marítima "virgen del Carmen", allí acudía para aprender a leer y escribir, conocer los números, las sumas, las rectas y también aprender cantando las provincias españolas y las tablas de multiplicar. Había alumnos de distintas edades y todos eran hijos de marengos, puesto que esa escuela estaba orientada para facilitar la educación de las gentes de la mar.

La escuela estaba situada prácticamente en plena playa, era de construcción sencilla y la luminosidad y el paisaje del mar estaban asegurados gracias a sus grandes ventanales acristalados de color verde. Su interior tenía un ambiente sobrio que contrastaba con la alegría que ofrecían los niños. Su suelo de baldosas blancas y negras soportaban los pupitres de madera provistos de tinteros. Cerca de la pizarra había un crucifijo y no muy lejos, un mapa de España. Sin embargo, esa escuela era distinta a todas, dentro de ella se escuchaba constantemente el relajante sonido del mar y a través de los ventanales disfrutábamos de un paisaje de olas, arenas y barcos de velas.

En aquella escuela junto al mar aprendimos muchas cosas. Prestábamos gran atención a las sabias palabras de nuestro maestro, **Don Juan Belón Lima**. Este profesor era consciente de las carencias económicas que había en aquellos años y siempre procuro darnos la mejor educación. Era muy protector con nosotros, recuerdo cuando nos dio aquella sencilla ropa para poder hacer la comunión y nos llevo a su casa para tomar chocolate y dulces el mismo día de la ceremonia eucarística.



En aquella escuela no teníamos recreo, durante las horas de clase solo podíamos salir si había una necesidad imperiosa para ir al baño. Sin embargo a veces surgían excepciones y salíamos de excursión al campo, mientras andábamos entonábamos alegres canciones y disfrutábamos enormemente de una jornada tan especial.

Durante los inviernos aquel mar sereno que con frecuencia veíamos a través de los grandes ventanales rugía con fuerza alguna que otra vez. El cercano muelle de piedra era enterrado una y otra vez por las olas de aquel mar furioso, mientras observaba esas escenas me preguntaba que les podría ocurrir a los cangrejos que deambulaban siempre por las piedras del muelle y que nosotros solíamos coger. En aquellos días de duros temporales de poniente las enormes olas avanzaban con decisión hacia la escuela y la inundaba sin remedio, Don Juan, con buen criterio y previniendo males mayores se veía obligado a suspender la jornada escolar.

Nosotros mientras tanto y aprovechando esta eventualidad nos dirigíamos rápidamente a divertirnos con una vagoneta a la que todos conocíamos como la "zorrilla del mineral". Esta

vagoneta estaba cerca de la escuela y a orillas de la playa. Perteneía a un pequeño cargadero de mineral de magnetita que procedía de la mina del peñoncillo. En este lugar descargaban el mineral en la vagoneta y esta a su vez esta se deslizaba a través de un pequeño muelle que se adentraba en el mar donde unas barcazas de color negro recibían la carga. Luego, estas embarcaciones se adentraban mar adentro donde les esperaba un carguero que, con unas enormes cucharas, recogían el mineral para depositarlo en sus bodegas.

¡Qué tiempos aquellos! Cuantos recuerdos de días alegres en aquella escuela de grandes ventanas que abrazaban paisajes marinos, de canciones repletas de tablas de multiplicar, de provincias españolas... Eran otros tiempos, otros paisajes que se marcharon para siempre. Miro a mi alrededor y todo es modernidad, los coloridos rótulos luminosos de los bares del puerto han sustituido el pasado, ellos forman parte del presente, nada queda de aquella escuela junto al mar. Mi mirada ausente vuelve a contemplar esta bonita terraza del puerto deportivo invadida por el olor a mar en esta tarde de principios de verano. Me pregunto cómo ha cambiado todo con el paso de los años, observo a la gente, pasean tranquilamente ajenos al pasado de este lugar. Está en los recuerdos jugando con olas, arenas y barcos de vela navegando sobre el mar.

*Mi agradecimiento a Francisco Vázquez Peralta.
Alumno de esta escuela junto al mar.*

Antonio Figueredo Navarrete

Cofundador y secretario de Marbella Activa.

